

feliz término el veintisiete de Septiembre de 1821, después del abrazo de Acatémpam, con la entrada del Ejército trigarante en la moderna Tenoxtitlán.

Y á medida que el tiempo pasa; que el progreso y la ilustración mejoran nuestras costumbres y cultivan nuestra inteligencia; que se levantan del polvo del olvido los nombres de los héroes, el purísimo sentimiento de la gratitud se robustece en lo íntimo de los corazones mexicanos, y destácase en toda su magnificencia la pléyade de inmortales que constelan con sus hechos el catálogo de las mujeres ilustres de Anáhuac, que son gloria de su país y admiración del universo entero.



## El Hijo de la Heroína

EN episodio anterior descorrí el velo que cubría la noble figura de una mujer dechado de abnegación sin límites y de entrañable patriotismo, fundida en igual molde que aquel del que salieron á la vida de la inmortalidad, en épocas de tormenta y de luto para México, las dignas matronas que se llamaron Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario, Rafaela López Aguado, Mariana Rodríguez del Toro, María Fermina Rivera, Manuela Medina, María Tomasa Esteves, Luisa Martínez, y tantas otras cuyos nombres no se registran aún en la historia de nuestro país; pero que día llegará en que una mano compasiva y justiciera las levante del fondo del olvido en que yacen sepultadas y las coloque en el privilegiado lugar á que por sus hechos se hicieron acreedoras.

En peregrinación henchida de gratísimos recuerdos, de bienhechoras enseñanzas y de dulces emociones, recorrí los históricos lugares de Andarácua y de Zempoala, donde parece que vemos todavía, á pesar de los años transcurridos, personajes ilustres y soldados animosos; el sacerdote de los cabellos de plata y del corazón de oro, y la turba del pueblo que le siguiera como á Moisés los israelitas, en busca del tesoro escondido en la tierra de promisión.

De las orillas del lago bullicioso, por cuyas aguas se deslizan constantemente multitud de pequeñas embarcaciones cargadas de legumbres y de frutas, de tule y de pescado, parecióme ver surgir á doña Gertrudis Vargas en compañía del hijo único, que iba á prestar sus servicios á la patria, como soldado del ejército proclamador de la libertad.

Y de la pobre pluma brotaron el nombre y los hechos portentosos de la mujer fuerte, de la ignorada patricia, de igual modo que hoy brotan, en fuerza del mismo sentimiento de admiración y gratitud, y al calor de aspiraciones idénticas, el nombre y las virtudes del tipo fiel del insurgente honrado.

\* \* \*

Valladolid recibió con marcadas pruebas de adhesión y cariño al venerable cura de almas que convertídose había en general de las huestes enemigas del virreinato. Las campanas de todos los templos echáronse á vuelo en señal de regocijo el 17 de Octubre de 1810, memorable en la cuna de Morelos por la entrada de los independientes y por ser el preludio de recio combate y muy señalada victoria.

Tres días después abandonan la población y reuniéndose en Acámbaro, pasan revista las numerosas fuerzas del caudillo, que en breve tiempo habían aumentado de manera prodigiosa. En aquel sitio y por la primera vez en el decurso de su existencia, experimentó el joven Magaña sensaciones indefinibles que nacían de lo íntimo del pecho, con la imponente parada militar que sus maravillados ojos contemplaban y con las frases de aliento que el sacerdote dirigía á sus compañeros, exhortándolos á que se condujesen con ardor en la pelea y animándolos con la esperanza del triunfo y con la satisfacción que proporciona siempre el cumplimiento del deber.

Pero no pudieron compararse las sensaciones de entonces con las experimentadas el 30 del mismo mes, cuando el formidable ejército independiente libró reñida batalla en el Monte de las Cruces con las fuerzas del virrey á las órdenes de Trujillo. En aquella memorable acción aquilatáronse el valor y los afectos de D. José María, quien pudo comprender la temeridad, el entusiasmo y la ciega confianza de que sus compatriotas estaban poseídos, y los resultados ventajosos que podían obtenerse de un pueblo en cuyo semblante fulguraba el patriotismo, y en cuyo corazón hervía la sangre de los indómitos guerreros aztecas sacrificados en los albores de la Conquista.

— Nunca, como ese día inolvidable — exclamaba el insurgente, dirigiéndose á uno de sus íntimos amigos — pude apreciar el verdadero amor á la patria y los consejos impregnados de ternura que recibí en la infancia y la juventud, de la bendita mujer que me dió vida. Allí en el campo sembrado de cadáveres y cubierto de gloria, el espíritu de mi madre flotaba invisible, inspirándome sentimientos de honor y bendiciendo las rectas intenciones del iniciado en la carrera de las armas.

\* \* \*

Después de la brillante campaña del Monte de las Cruces, el hijo de la heroína continuó cerca de D. Miguel Hidalgo, acompañándolo en Aculco, Guadalajara y Calderón, compartiendo con él la ventura de los días felices iluminados por el sol de la victoria, y los tristísimos que la suerte contraria enlutó con fúnebres crepones.

Ya en Zacatecas, y á punto de tomar los caudillos Hidalgo y Allende el camino del Norte, despídese Magaña de su protector, encamínase al Valle de Santiago y, uniéndose al Giro, Salmerón y los Vargas, principia las acciones que tuvieron por teatro diversos puntos del Bajío, hasta la consumación de la independencia; habiéndose distinguido en todas ellas como un experto militar y abnegado patriota, que podía ofrecer como timbres de perenne gloria diez y ocho cicatrices en su cuerpo y una hoja envidiable de servicios á la nación en que naciera.

Testigos de sus principales triunfos en el bando realista: Iturbide y Bustamante; el primero en Salamanca y Celaya, y el segundo en la hacienda de Pantoja. En

tre los suyos; el heroico general D. Francisco Javier Mina y la flor de los guerrilleros de la provincia de Guanajuato.

Los años, la agitada vida del indomable insurgente, con su terrible séquito de penalidades y de amarguras, determinaron en su organismo tan extrema debilidad, que fué orillándolo paulatinamente á los bordes del sepulcro, sin que el remedio, la alimentación y los solícitos cuidados de la familia, fueran capaces á substraer de la trágica sombra de la Intrusa, como dijo alguien, la fecunda existencia del antiguo guerrillero.

Cuando el numeroso grupo de sus amigos preguntaba al doctor Paniagua, médico de cabecera del enfermo, por el estado que el apreciable paciente guardaba y las esperanzas que de salvarlo tenía, el facultativo respondía siempre con estas palabras:

— No encuentro mal de supremo peligro en D. José María; realmente no hay enfermedad seria que anuncie un próximo fin; sin embargo, puedo decir á ustedes, que la muerte no se hará esperar mucho tiempo; falta el individuo; el anciano me parece una lámpara en la que el combustible va extinguiéndose poco á poco.

Así sucedió: la pálida enlutada de Gu-

tiérrez Nájera no se hizo esperar mucho tiempo, y aquel espíritu fuerte, dotado de singulares méritos en los pasados días de la insurrección, remontóse á las regiones de lo desconocido, para estrechar más y más los vínculos que en la tierra lo unieron con el heroico sacerdote iniciador de nuestra independencia.

Los funerales de D. José María Magaña fueron suntuosos, al decir de personas que á ellos asistieron y que aun conservan en la memoria fieles detalles de su imponente magnificencia. El templo parroquial estaba cubierto de paños negros, en los que se destacaba el amarillo de los galones de oro; y debajo de la cúpula, en su parte media, elevábase soberbio catafalco que sostenía el ataúd, sobre el que descansaban las insignias de mando del extinto general.

\* \* \*

Quien visite detenidamente el Panteón Municipal del Valle de Santiago, podrá ver, cubriendo la entrada de gaveta á perpetuidad, una lápida que ostenta en relieve dos mundos descansando sobre nubes, una espada que parece haber roto la cadena que á los dos mundos enlazaba,

y en la parte inferior de la alegoría, en caracteres perfectamente legibles, esta inscripción:

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DEL SEÑOR  
 GRAL. DON  
 JOSÉ M. MAGAÑA  
 MURIÓ EL 24 DE AGOSTO DE 1872,  
 A LA EDAD  
 DE 82 AÑOS, 4 MESES, 27 DIAS  
 D. E. P.

Facsímile de la firma de Don José M. Magaña  
 (EL HIJO DE LA HEROÍNA)



## La Cueva de Albino García

AL DISTINGUIDO HISTORIADOR

D. LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

No lejos de mi pueblo, y hacia el Oriente, elévase majestuosa y soberbia la inmensa mole denominada Culiacán, que ha causado en todos tiempos la admiración de propios y extraños por su airosa figura, por la exuberante vegetación de que siempre está cubierta, por el bellissimo panorama que desde su enhiesta cima se descubre, particularmente en una mañana de estío á la salida del sol, y más que por todo esto, por las profundas barrancas que aquí y allá dibujan sus caprichosas formas y esconden en su seno innumerables grutas, donde habita el genio de

la leyenda como único soberano y sempiterno guardián de aquellas maravillas, cuyo límite no han precisado aún, ni el ojo del viajero observador de la naturaleza, ni el conocimiento y experiencia adquiridos en el transcurso de los años por los risueños y pacíficos moradores de la célebre montaña, quienes en medio de la más seductora calma, ven pasar los días de su existencia, sin cuidarse poco ni mucho de lo que allá abajo, en el bullicio de las grandes ciudades, enerva y desilusiona; felices en su pobreza, porque sin ruines pasiones ni fugitivos placeres, consagran sus energías á las labores del campo y su más hondo afecto á la familia y al rústico albergue de techumbre y muros de granito que, á semejanza de nido de águila, se yergue en las alturas, coronado siempre de plantas trepadoras, su suelo tapizado de esmeraldas, su ambiente lleno de suavísimo perfume, sus alrededores refrescados constantemente por las cristalinas aguas de oculto manantial.

Alguna vez, sentado á la sombra de una añeja encina que sobre el pico de Culiacán eleva su corpulento tronco y su vistoso ramaje; tendiendo la mirada por sobre todas las aldeas y los pueblos co-

marcanos, que iluminaba el sol con sus postreros resplandores, dando á los techos pajizos y á las brillantes cúpulas maravillosos tintes, oí de los labios de un viejo cabrero la extraña relación que ahora escribo, fiel y completa, así como llegó á mi conocimiento y conserva mi memoria desde entonces, con la adición de algunos importantes detalles y el agregado de una fecha que otra, para la mejor interpretación y correspondiente desarrollo de los hechos.

\* \* \*

Era en los principios del año de 1812. Lo que ha dado en llamarse primer período de la guerra de Independencia, había fenecido con la muerte de los heroicos defensores de la libertad, Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, sacrificados en Chihuahua y cuyas cabezas permanecerían insepultas por mucho tiempo, suspendidas de los cuatro ángulos de la Alhóndiga de Granaditas, que desde entonces figura como un monumento de perdurable gloria, como un testigo mudo de gigantescas luchas y del resurgimiento de nuevos paladines y mártires sin nombre.

La causa insurgente, aunque abatida un tanto por la prematura desaparición de sus primeros caudillos, permanecía, sin embargo, inquebrantable, y allá en el Sur de nuestra República, el genio de la guerra, encarnando en la colosal figura de D. José María Morelos y Pavón, se mantenía incólume y victorioso, alimentando el fuego del patriotismo en el corazón de los buenos hijos de México, que, cual nuevos apóstoles de una vieja y noble causa, se encargaban de llevar la simiente á pueblos y aldeas diseminados en la vasta extensión de nuestro territorio.

En Valle de Santiago y poblaciones de sus alrededores dejábase sentir el formidable empuje de un guerrillero audaz, el más activo y temible que produjo la insurrección, según lo acredita un historiador de renombre (1), guerrillero que, á la cabeza de un grupo de valientes, asombraba al ejército realista por sus notables cargas de caballería, desconocidas en aquella época, y las no menos famosas «rondas» que ocasionaban numerosas víctimas y el completo desorden en las huestes enemigas.

(1) Don Niceto de Zamacois en su «Historia de México». — Tomo 8.º, página 275.

Albino García, con cuyo nombre se conoce en la Historia aquel famoso guerrillero, visitaba con alguna frecuencia, y aun figuraba entre sus mejores puntos



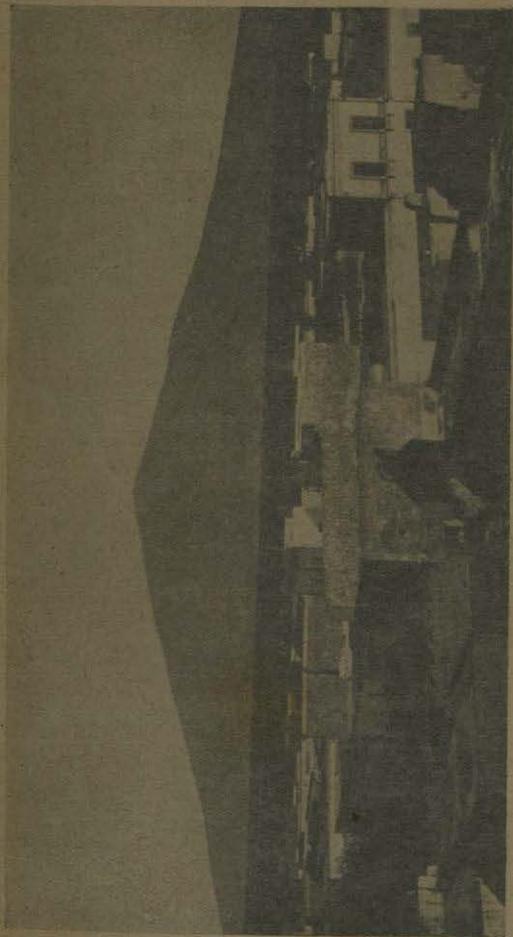
ALBINO GARCÍA

estratégicos, el cerro de Culiacán, del cual le eran familiares no pocos escondites, caminos subterráneos y veredas desconocidas; sin contar con las buenas relaciones que le unían á los naturales de aquel lugar, que en el tiempo á que se refiere la leyenda, apenas si podía ser transitado por la gente de á pie, y con grandes dificultades y peligros sin cuento en tratándose de los que viajaban en bestias de carga, por lo escabroso del terreno.

En alguna ocasión, y después de reñido combate con las tropas realistas á inmediaciones del Valle de Santiago, el insurgente Albino García y sus compañeros de armas lograron apoderarse de una «conducta» fabulosa, en la que entraban de preferencia gran número de barras de oro y plata, con destino á la capital del Virreinato, gobernado á la sazón por D. Francisco Javier Venegas.

Con tan espléndido botín, y provistos del indispensable atajo de mulas y competente servicio de arrieros, García y cuatro hombres de su confianza tomaron el camino que de la población arriba citada conduce á Yuririapúndaro, abandonándolo bien pronto para seguir por senderos extraviados hasta llegar á Culiacán, donde fué depositado el tesoro con todo género de precauciones en una de las múltiples grutas de la pintoresca y bellísima barranca «El Surco», visitada y estudiada por el sabio Barón D. Alejandro de Humboldt en su viaje efectuado al pico de referencia, del que nos habla en su brillante estudio sobre México y sus incomparables maravillas.

Del resultado de la expedición y ocultamiento de las riquezas, ninguno pudo darse cuenta exacta por aquel entonces:

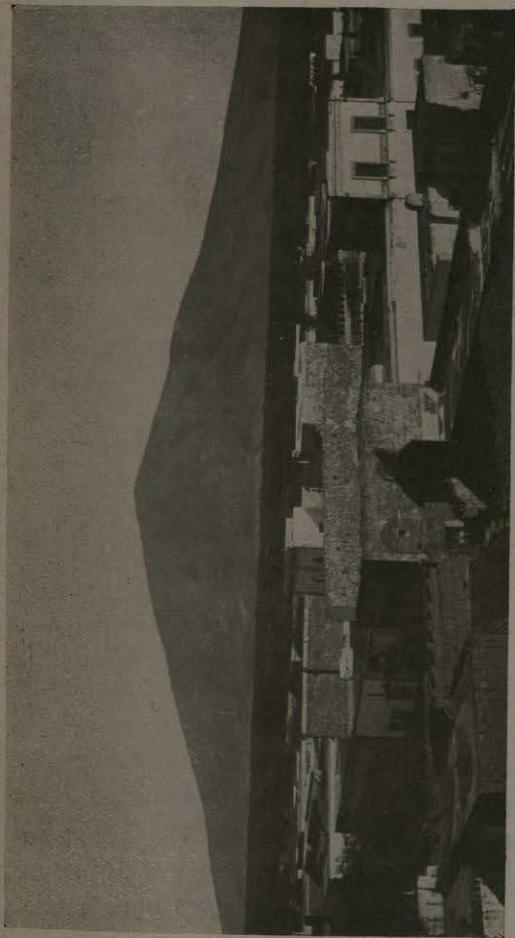


VISTA PANORÁMICA DEL JARAL. — LA MONTAÑA DE CULIACÁN EN EL FONDO

En alguna ocasión, y después de reñido combate con las tropas realistas á inmediaciones del Valle de Santiago, el insurgente Albino García y sus compañeros de armas lograron apoderarse de una «conducta» fabulosa, en la que entraban de preferencia gran número de barras de oro y plata, con destino á la capital del Virreinato, gobernado á la sazón por D. Francisco Javier Venegas.

Con tan espléndido botín, y provistos del indispensable atajo de mulas y competente servicio de arrieros, García y cuatro hombres de su confianza tomaron el camino que de la población arriba citada conduce á Yuririapúndaro, abandonándolo bien pronto para seguir por senderos extraviados hasta llegar á Culiacán, donde fué depositado el tesoro con todo género de precauciones en una de las múltiples grutas de la pintoresca y bellísima barranca «El Surco», visitada y estudiada por el sabio Barón D. Alejandro de Humboldt en su viaje efectuado al pico de referencia, del que nos habla en su brillante estudio sobre México y sus incomparables maravillas.

Del resultado de la expedición y ocultamiento de las riquezas, ninguno pudo darse cuenta exacta por aquel entonces:



VISTA PANORÁMICA DEL JARAL. — LA MONTAÑA DE CULIACÁN EN EL FONDO

dos leñadores, que á inmediaciones de la barranca se encontraban, creyeron oír en el silencio de la noche gritos desgarradores, detonaciones de armas de fuego, pisadas de caballerías; pero el temor fué más grande que la curiosidad, y aquellas pobres gentes, que á cada paso creían háberse las con los duendes y las almas en pena, se encomendaron á Dios de todas veras, se persignaron devotamente y emprendieron el regreso más que de prisa, abandonando el fatídico lugar, donde tan espantosas escenas veníanse desarrollando.

\* \* \*

El 6 de Junio de 1812, la ciudad de Celaya presentaba el aspecto de día de fiesta; por sus calles discurría la multitud abigarrada comentando de mil diversos modos una estupenda noticia que como el rayo había caído la noche anterior sobre la localidad y sus dependencias; hablábase en los corrillos de la prisión de Albino García y de su próximo fusilamiento en la plaza principal, ordenado por el jefe realista García Conde, quien, en son de burla, había hecho formar la tropa de su mando

á la llegada del guerrillero, prodigándole salvas de artillería y repiques de campanas, cual si se tratase de una persona notable en las filas del ejército virreinal.

La aprehensión llevóse á cabo por el capitán D. Agustín de Iturbide, desprendido por García Conde, de Salamanca, para apoderarse de Albino y de su hermano Francisco en el Valle de Santiago, donde aquéllos se encontraban con la mayor parte de sus compañeros, de los cuales murieron en la refriega más de trescientos, incluyendo en ese número los que inmediatamente mandó pasar por las armas el citado Iturbide, quien recibió del Virrey, como recompensa á su intrepidez y actividad, el grado de teniente coronel.

El fusilamiento de los hermanos Albino y Francisco García tuvo lugar en Celaya el día 8 de Junio del propio año, separándose del cadáver del primero la cabeza, que fué colocada en la calle de la *Cabecita* (1), una mano en Salamanca, y la otra en el cerro de San Miguel, en Guanajuato, permaneciendo insepultos estos despojos por espacio de siete ú ocho años, según asientan varios historiadores.

(1) Conocida con ese nombre, en Celaya, desde el trágico fin del guerrillero.

\* \* \*

Algún tiempo había pasado después de la ejecución del célebre insurgente Albino García, cuando los habitantes de las alturas de Culiacán empezaron á notar la presencia de un desconocido en las inmediaciones de la barranca del Surco, el cual se detenía aquí y allá examinando con escrupulosidad suma los menores accidentes del terreno, cual si tratara de encontrar en ellos las huellas indelebles de una senda por él recorrida en épocas anteriores.

¿Quién era y qué buscaba el hombre misterioso en cuyo raído traje se adivinaba la penuria, y en cuyo semblante, marchito por los años, tostado por el sol, enflaquecido por la dolencia y la miseria, bien claramente se denunciaba la vida llena de penalidades, huérfana de bienestar y de afectos? Ninguno hubiera podido contestar á la pregunta, ni el extranjero prestábase á satisfacer la justa curiosidad que sus actos engendraban; antes bien, se notaba en él marcada predisposición por el trato social y el mutuo esparcimiento de los ánimos, como si en la historia de su existencia, las páginas



CUEVAS EN LA BARRANCA DEL SURCO. — MONTAÑA DE CULIACÁN

\* \* \*

Algún tiempo había pasado después de la ejecución del célebre insurgente Albino García, cuando los habitantes de las alturas de Culiacán empezaron á notar la presencia de un desconocido en las inmediaciones de la barranca del Surco, el cual se detenía aquí y allá examinando con escrupulosidad suma los menores accidentes del terreno, cual si tratara de encontrar en ellos las huellas indelebles de una senda por él recorrida en épocas anteriores.

¿Quién era y qué buscaba el hombre misterioso en cuyo raído traje se adivinaba la penuria, y en cuyo semblante, marchito por los años, tostado por el sol, enflaquecido por la dolencia y la miseria, bien claramente se denunciaba la vida llena de penalidades, huérfana de bienestar y de afectos? Ninguno hubiera podido contestar á la pregunta, ni el extranjero prestábase á satisfacer la justa curiosidad que sus actos engendraban; antes bien, se notaba en él marcada predisposición por el trato social y el mutuo esparcimiento de los ánimos, como si en la historia de su existencia, las páginas



CUEVAS EN LA BARRANCA DEL SURCO. — MONTAÑA DE CULIACÁN

sombrías hubieran sido ocasionadas por el proceder de los humanos y la ruindad de sus mezquinos intereses.

Es lo cierto que, despreciando la compañía y buenos servicios que podían proporcionarle los humildes lugareños, huyó de su contacto, para dedicarse sólo á la multitud de pensamientos que por entero le absorbían la imaginación. Pudo vérsese en lo sucesivo internarse más y más en la barranca, deteniéndose aquí á escudriñar una roca y adelante á contemplar un arbusto; hasta que fijó definitivamente su morada en la cima de un picacho, sin otra techumbre que el cielo, ni otros muros que la prodigiosa vegetación que le rodeaba.

En tan singular albergue lo encontraron el calor sofocante de la primavera, las lluvias y tempestades del estío, los rigores del invierno, siempre triste y melancólico, á semejanza de la imagen de la soledad, como la estatua muda del infortunio, fija la mirada en un punto indefinido, que le atraía como al hierro el imán con todo el empuje de una fuerza irresistible.

Pero como todo tiene su fin en este mundo, y los más altivos caracteres acababan por doblegarse á la imperiosa nece-

sidad del socorro, si el vigor abandona la materia y las enfermedades se apoderan del espíritu, robándole una á una sus mejores facultades y prerrogativas, llegó un día para el hombre misterioso en que, agobiado por el decaimiento y los dolores tuvo que recurrir muy á su pesar al auxilio del extraño; la inclemencia del tiempo, la falta de habitación y de alimento sano y nutritivo, las meditaciones y desvelos dieron al traste con sus energías, determinando bien pronto la torpeza en los movimientos y más tarde la completa parálisis de sus miembros.

Abundan por lo general sentimientos generosos en el corazón de la gente campesina, y no faltó quien, doliéndose del miserable estado del tullido, se prestara gustoso á socorrerle, brindándole con su persona y con una bestia para conducirlo á la hacienda de San Nicolás de los Agustinos, que por aquel entonces era la principal ranchería de los alrededores, en donde encontrar pudiera el enfermo un lenitivo á sus atroces padecimientos, y un punto de reposo su contristado espíritu, depositando en el pecho de un sacerdote modelo las cuitas y secretos que, como enorme fardo, le agobiaban y de los cuales quería á toda costa verse libre;

pues el infeliz sentía que por instantes se le escapaba la vida del cuerpo entumecido.

\* \* \*

Vivían en San Nicolás, por el tiempo en que se efectuaban los episodios que de referir acabo, el Padre Corrales, religioso agustino que á manos llenas derramaba los tesoros de sabiduría y bondad en el corazón de sus queridos feligreses, pues era un hombre sabio, prudente y caritativo, y D. Ignacio Guerrero, viejecito de inmejorable carácter, pulcro en el vestir y de una conversación amenísima, salpicada de anécdotas y chistes, de importantes y provechosos consejos. Era el barbero del lugar, y en ocasiones desempeñaba también los papeles de escribiente, de médico y de licenciado, materias en las cuales poseía algunos conocimientos, que más de una vez habían servido de refugio á los novios, de consuelo á los enfermos, y de salvaguardia á los agricultores y comerciantes; porque el bueno de D. Nacho, como le llamaban amigos y conocidos, era un terrón de amores dispuesto siempre á endulzar las amarguras de la vida.

El Padre y D. Ignacio se mantenían unidos por antigua y firme amistad; con frecuencia se les veía lo mismo á la cabecera del enfermo que en el interior de la iglesia enseñando á los niños la doctrina cristiana, ó en las afueras del templo la escritura y la aritmética. Bien hubiera podido aplicárseles el adagio vulgar: «Dios los cría y ellos se juntan», pues en verdad que el uno había nacido para el otro.

Al caer de una tarde lluviosa y fría, el tullido y su acompañante llegaron á San Nicolás, encaminándose desde luego á la vivienda del Padre Corrales, en busca de hospedaje y de socorro, bien seguros de encontrar ambas cosas, porque la caridad evangélica del eclesiástico era demasiado conocida en muchas leguas á la redonda.

Solícito anduvo el sacerdote en amparar al desdichado, proporcionándole inmediatamente los generosos servicios de D. Ignacio, mientras él iba en busca de alimentos y á ordenar el pronto arreglo de una cama, á fin de que en ella descansase el miserable cuerpo del infeliz tullido. Por desgracia el estado del enfermo no se prestaba á dudas de ninguna especie; la muerte se acercaba á grandes pasos y no había sino el tiempo indis-

pensable para los consuelos del espíritu y para el descargo de la conciencia, que á todo trance pedía la confesión; así es que, apenas fortalecida un poco la materia, se dió principio al acto solemne.

\* \* \*

La historia del hombre misterioso era una no interrumpida serie de acontecimientos terribles, en los que las pasiones sin freno habían tocado el principal resorte. Huérfano de padre y madre en edad temprana; sin el auxilio de persona cariñosa y tierna que lo guiara por el recto camino de la honradez y del trabajo; sin otros ejemplares que el asiduo frecuentador de la taberna y el fugado de presidio, vióse envuelto en la vorágine de la maldad, con la salida falsa de la revolución, que á tantos criminales hiciera poderosos, escudándolos con la noble y bendita causa de la independencia. Dotado de valor, de energías y de talento poco común, fácilmente pudo grangearse un puesto recomendable entre los insurgentes y después la omnímoda confianza del jefe Albino García, á quien acompañó en diversas y muy importan-

tes campañas, sirviéndole con una lealtad á toda prueba, aun en los momentos de mayor peligro; pues el afecto que su superior le inspiraba fué poco á poco aumentando, hasta convertirse en veneración.

Cuando el temible guerrillero se apoderó de la famosa «conducta», cerca del Valle de Santiago, el hombre misterioso tomó parte muy activa en la refriega, acompañando más tarde á su jefe á Culliacán, en donde tuvo oportunidad de conocer á maravilla el escondite. Pero entonces ocurrió algo espantoso, que el tullido no podía recordar sin estremecerse; Albino García, una vez guardado su tesoro, manifestó á su amigo y confidente la resolución de matar á los arrieros y en seguida á los tres soldados, temeroso de que aquéllos ó éstos le traicionaran en algún tiempo y se constituyeran en dueños absolutos de las riquezas.

Punto por punto se llevó á efecto la diabólica idea: por la noche, y cuando la gente dormía sin temores, se dejaron oír las detonaciones de las armas de fuego y los gritos de angustia de las indefensas víctimas, que con inaudita sangre fría fueron asesinadas, depositándose los cadáveres en el interior de la cueva, cuya

entrada cerraron cuidadosamente los autores del delito.

Pasados algunos meses, la noticia del fusilamiento de Albino García llegó á oídos de su fiel servidor, quien debido á la fuga logró escaparse de Iturbide, vivir oculto por mucho tiempo en a citada población de Valle de Santiago y ganar después el camino de Culiacán, para vivir en él de la manera que lo hemos visto, lejos de todo trato, esquivando la compañía de los montañeses, comiendo lo indispensable para no morir, porque deseaba á toda costa cuidar el dinero de su inolvidable protector, sin dar noticia del escondite á persona alguna, toda vez que por nadie sentía su corazón afectos, ni abrigaba para lo porvenir ambiciones ni esperanzas.

Al llegar á este punto de la conversación, el tullido rogó al sacerdote desprendiera de su cuello una pequeña bolsa que á guisa de escapulario llevaba, y dentro de la cual encontraría un pedazo de papel amarillento con la descripción exacta del sitio guardador de las riquezas y los medios de orientarse para descubrirlo.

— Lea usted ese papel — continuó diciendo el moribundo, — infórmese usted

del contenido, á fin de que, cuando yo muera, visite á Culiacán y recoja del escondite que está en la barranca del Surco todo el dinero; pues es mi voluntad que usted lo acepte, para que haga de él el uso que mejor le convenga, de acuerdo con los sentimientos humanitarios que le caracterizan; sin olvidarse de consagrar una parte de esa fortuna á las apremiantes necesidades de mi pobre alma, que ahora más que nunca se acoge á la suprema bondad de usted, y por su intercesión, á la misericordia divina.

El Padre Corrales desprendió del cuello del tullido la bolsita y extrajo de su interior el papel en que estaba contenida la siguiente relación: — *«Estando en el paraje que llaman la Sillita (Silleta), te bajarás por el lomo que forman dos barrancas, hasta donde se juntan; seguirás caminando y encontrarás una especie de playa ó patio donde están tres nogales; parado cerca de cualquiera de ellos, y viendo para donde el sol sale, distinguirás una especie de risco ó paredón, que es en donde está la cueva tapada que contiene los tesoros de Albino García.»*

Cuando el buen sacerdote hubo concluído la lectura, se inició la agonía en el enfermo, que sólo fué de cortos momen-

tos: quiso continuar la interrumpida plática, dejar al Padre nuevas é importantes recomendaciones; pero únicamente pudo articular con voz remisa estas misteriosas palabras:

— La cueva de los cadáveres es un escalón para llegar á la meta. — Y expiró.

\* \* \*

Fiel al cumplimiento de sus promesas, y tan pronto se vió libre de los deberes religiosos que le imponía la inhumación del cuerpo del tullido, el sacerdote se apresuró á arreglar su viaje á Culiacán, llevando en su compañía á D. Ignacio, que tan bien se había portado en aquellas difíciles y penosas circunstancias. Sin embargo, á pesar de cuantas pesquisas se hicieron para obtener el logro de las aspiraciones, todo fué inútil; por dos y tres veces se leyó el papel, se siguieron al pie de la letra sus instrucciones, y al llegar al risco de que se hablaba en la relación, se perdían todas las huellas y no era posible dar con la famosa gruta.

Un día y otro día tornaron á la montaña los dos amigos, sin que sus investigaciones arrojaran un rayo de luz en

medio de la completa obscuridad que les rodeaba. Por último, decepcionados ya por los inútiles esfuerzos que habían hecho y cansados de luchar con lo inevitable, desistieron de la empresa que con tan buena voluntad acometieran, y guardando D. Ignacio el papel amarillento, se reanudaron las labores ordinarias y la vida de ambos siguió deslizándose tranquila, sin que nuevos acontecimientos vinieran á turbar su calma seductora.

Muerto el Padre Corrales, y poco tiempo antes de fallecer su inseparable amigo, puso éste en manos de un su compadre, avecindado en el naciente pueblecito del Jaral, la citada relación, que despertó justamente la curiosidad y el interés propios de esta clase de descubrimientos. Así es que el compadre reunió á cuatro ó cinco de sus allegados y dispuso el viaje á la montaña, con el corazón henchido de risueñas esperanzas.

Al principio, los trabajos de los nuevos visitantes resultaron infructuosos, y ya se temía que el final tuviera sus puntos de contacto con lo acaecido al Padre y á D. Nacho; pero sucedió que uno de los compañeros, en su afán de cazar una buena pieza, se encontró sólo con una débil *torcaza*, á la que hirió y persiguió hasta

darle alcance en el agujero de una roca. Echa mano el cazador al cuchillo de monte con objeto de ensanchar la abertura y poder con facilidad apoderarse de su presa; pero con grande asombro nota que la abertura se comunica con un lugar espacioso, que bien pudiera ser el que con ahinco buscaban. Da aviso á los compañeros; reúnen éstos, y después de confrontar con la relación el punto descubierto, se entregan con ardor á laborioso trabajo y consiguen descubrir la piedra que obstruye la entrada de la gruta.

Rendidos por la labor, aunque satisfechos con el hallazgo, determinaron aplazar la obra tan felizmente comenzada, pues necesitaban de nuevos ayudantes y de mejores y más apropiados útiles para vencer la resistencia de la roca. Emprenden, pues, el regreso; participan de la idea á otros vecinos del pueblo, y una vez formada respetable compañía con elementos de todo género, vuelven al sitio de las investigaciones, reanudan la tarea y por fin se allanan los obstáculos y se facilita la entrada; los espíritus recobran la fe perdida, y un mundo de encantadores sueños flota invisible y anídase en los cerebros conturbados por la ambición.

Empero, la más espantosa de las realidades debía suceder al más seductor de los ensueños, de igual manera que la tarde melancólica y triste, con sus mustias florecillas, sucede á la gentil mañana con sus gotas de rocío, su delicado ambiente y sus espléndidos celajes.

No había discurrido sino corto tiempo del instante en que el compacto grupo de excursionistas se precipitara como un alud sobre el agujero de la roca y míanse salir como fantasmas al poderoso mandato de un conjuro, lívido el semblante, muda la lengua, trémulos los miembros, con las señales manifiestas de invencible y profundo terror.

¿Qué terrible espectáculo había convertido en cenizas el castillo de naipes que levantara la ilusión de la fortuna? ¿A qué genio maléfico debían los buscadores de riquezas el pavor de que estaban poseídos y la unánime resolución de abandonar inmediatamente el codiciado albergue de la dicha y la bonanza?

Allá en el interior de la caverna lúgubre habían visto diseminados á flor de tierra, como en un cementerio pletórico de restos mortales, varios esqueletos en posiciones diversas; en el fondo, y dibujadas sobre la pared, una enorme cala-

vera y dos canillas en cruz, y en mitad del pavimento, cual si dominar quisiera aquel cuadro de ultra-tumba, un puñal con mango negro de madera, sujetando un guiñapo de lienzo, en el cual podían leerse con toda claridad estas palabras escritas con caracteres sangrientos: — *Si queréis encontrar los fabulosos tesoros de Albino García, juntad primero las partes de su cuerpo, cuyas figuras veis pintadas en el fondo de esta cueva; dadles cristiana sepultura con la otra parte de sus huesos y venid después á recoger lo que mano desconocida os mostrará. La cueva de los cadáveres, sólo es un escalón para llegar á la meta.*

\* \* \*

Muchos años han pasado de aquellas famosas excursiones á la gruta del tesoro; la mano inexorable del viejo de la barba florida ha cambiado en un todo el lugar de los sucesos, amontonando cada día más y más los fragmentos de grandes rocas, que han llegado á unirse por los deslaves de la montaña y los mil y mil despojos de sus antiguas plantas; las ovejas triscan alegremente á la sombra de nuevas enramadas; el tañido del cuerno del

pastor repercute en los ámbitos de la pintoresca y bellísima barranca; pero cuando el sol ha traspuesto el horizonte y las tinieblas de la noche comienzan á apoderarse del agreste sitio, los humildes leñadores y cabreros, que tornan al nido de águila en busca de sustento y de reposo, se persignan devotamente y apresuran la marcha, deseosos de alejarse pronto del fatídico lugar, donde en un tiempo se desarrollaron espantosas y fúnebres escenas, y donde aun parece que vaga la sombra misteriosa del tullido, del único guardián de las riquezas escondidas por Albino García en la célebre cueva que lleva su nombre.